

E S T
A C I
Ó N
P O E
S Í A

Chantal Maillard [3] Manuel Jurado López [4] Lola Mascarell [6]
Luis Bagué Quílez [8] Candela de las Heras [9] María
Sanz [11] Esther Cbrales [12] Concha García [14] Virginia
Navalón [15] José Luis Rodríguez Ojeda [16] Antonio Cruz
Romero [17] Josep M. Rodríguez [21] Francisco Gálvez [22]
María Eloy-García [23] Luis Artigue [24] Ángela Álvarez
Sáez [25] Julia Santibáñez [27] Rocío Hernández Triano [28]
Rodrigo Galarza [29] José Iniesta [31] Jesús Montiel [34] Ana
Castro [35] Miguel Floriano [36] Sonia Marpez [37] Norberto
García Hernanz [38] José A. Ramírez Lozano [40] Antonio
Praena [42] César Iglesias [43] Beatriz Hernanz [44] Yolanda
Pantín [45] Jonatán Reyes [46] Francisco Barrionuevo [47]
Lucas Margarit [48] Camila Charry Noriega [49] Felicitas
Casillo [50] Auxiliadora González [51] Javier Bozalongo [52]
Pablo Núñez [53] Felix Trull [54] Dolors Fernández [58]
Rodrigo Olay [59] Balbina Prior [59] Juan Carlos Abril [61]
Rafael Mammos [62] Jesús Cárdenas [63] Rodrigo Olay [65]
José Luis López Bretones [66]

Chantal Maillard

LA CONCHA

¿Por qué vienes a oírme?
No hay nada en mis palabras
que sea importante
salvo aquello que sabes
que ya sabes.

El poema es la concha que acercas a tu oído
como antiguamente el médico acercaba
un espejo pequeño
a los labios del muerto.

Manuel Jurado López

POEMA NÚMERO VEINTE

Se vende un hombre en buen estado,
libre de impuestos y deudas tributarias.
No tiene cargas familiares
ni animales de compañía.
Sabe curar heridas y ventilar el alma,
lavar las dudas,
plancharlas, doblarlas y ponerlas en su sitio;
y encalar las paredes del fracaso.
Se defiende muy bien en la cocina,
es aseado y pulcro.
Procura no dar nunca un paso en falso,
medita cada gesto.
Amante de las óperas de Mozart y los valeses de Strauss.
Se sabe de memoria *La clemenza di Tito*.
Puede sanar los dolores ocultos,
hilvanar las pestañas de las mariposas;
cultiva olvidos y geranios.
Sabe peinar la luz de la melena
que la luna suele enredar de madrugada.
Nunca ha calculado cuánto le pagan
por guardar silencio.
Un excelente domador de monstruos de papel y tinta.
No fuma. Y solo bebe el amargor que otros dejan
en el fondo sucio de las copas.
Pero suele tener pequeñas crisis de amor,
desaparece entonces, aunque regresa más tarde
con tijeras y nardos.

Habla con acento extranjero,
cuenta historias las tardes aburridas.
Come poco. Discute lo preciso.
Por buscarle un defecto: de vez en cuando escribe
poemas difíciles de entender,
pero no muerde: también el sol tiene manchas.
Ah, el precio es negociable.

Lola Mascarell

MEMORIA

Recorriendo las sendas con la bici,
las sendas repetidas que dibujan
cada estío las mismas excursiones,
intento recordar cada accidente,
las curvas y las cuestas, los hinojos
que crecen en los márgenes,
las piedras, sus tropiezos, sus caídas.

La lluvia y el invierno han alterado
algunos derroteros, pero impone
el curso de la vida y la memoria
su cauce al de las aguas
y puedo recordar en qué momento
hay que cambiar de marcha
o asirse al manillar con más firmeza.

Las fuerzas van variando,
pero al cabo la cima es siempre un golpe
de limpia transparencia en las pupilas,
un trago de vacío: el mar velado al fondo,
las montañas, los valles,
el verde de los árboles, su aroma
invadiéndolo todo.

Nada altera el paisaje,
aunque vaya cambiando.

La altura de esta cumbre,
el pedazo de mundo al que se abre,
es el mismo que vieron
los ojos fatigados
de tantos peregrinos, mucho antes.

Lo único que cambia es la mirada,
nosotros los inciertos, los mutables,
custodios de un olvido
que muere en la memoria de los valles.

Luis Bagué Quílez

COMPRO ORO

La joven de la perla ha empeñado
la perla.

Gargantillas de reinas y diademas de vírgenes,
aureolas de santos a mitad del martirio,
fabulosas sortijas de señoras de alcurnia
y turbantes y piercings de pintores flamencos.

La muchacha de Vermeer
y el usurero Alfio cara a cara.

Ahora el escaparate del nuevo prestamista
anuncia su dudosa mercancía
pregonando comprar lo que en realidad vende:
la corona de Isabel la Católica,
el collar con la *b* de Ana Bolena,
el anillo de pescador de almas
en la lánguida mano de un presunto Inocencio,

la perla de la joven
sin la perla...

Todo para llegar a fin de mes.

Candela de las Heras

EMILY

Una noche tu padre se cuestionó la fe;
no creemos en Dios ni en el Estado
pero si apilamos los libros
podemos construir una casa sin miedo.
Niña, ¿cómo aseguras que la Tierra es esférica?
No la has visto ni nunca la verás.
Imagina que vives en un tiempo
donde son recogidos los frutos con paciencia.
¿Podrías demostrar su redondez?

*El fuego es nuestro centro las palabras
son escasas y no sabemos cómo
tocarnos ni buscar nuestro placer
Ahora nos ven y nos acusan
de ser esclavos del error
Vivimos porque nuestra fe ha brotado
de la penuria de la parturienta
La tierra engulle todas las preguntas
posibles que podríamos hacernos
Mi destino es la resistencia
comparto los deseos animales
Ah pero soy distinto yo levanto la piedra
perfecciono la piedra cuento historias
mi cuerpo es mi instrumento no se puede
fallar si el mundo es nuevo yo soy el creador.
Te miro y al hacerlo me doy cuenta:
su pregunta es el máximo regalo.*

Papá sabe que existes, te hace caso.
¿Cuánto tiempo serás feliz?
Sonrías divertida pero tus ojos lucen
inconmensurables, añiles,
igual que el horizonte guardando tu secreto.

María Sanz

AHORA QUE ES OLVIDO

Su rostro contenía aquel océano
de olas enmarcadas por la luna,
aquel ámbar tenaz y previsible.
Cómo olvidar que debes olvidarlo.

Tú crees que su rostro sigue siendo
el de una tarde gris, cuando venía
al encuentro invernal junto a la fuente.
Cómo creer que nunca le creíste.

Pero el tiempo regala indicaciones
a la memoria más descaminada,
y surte de valor a quien confunde
su cobarde final con el recuerdo.

Hoy sabes que su rostro resplandece
en la nocturnidad del desengaño,
teniendo como cielo tu poema.
Cómo olvidarle ahora que es olvido.

Esther Cabrales

FÁBULA DE ESOPO

Oigo pequeños chasquidos dentro de mi sueño.

ANNE CARSON

Durante años esperamos
a que esa abstracción
que sólo toma cuerpo en sueños
suceda.
Aquello que podría ser, perfectamente,
objeto de fábula, pues
un pájaro de ciudad
grazna con insistencia
mientras tratamos de decidir
si escribiremos o no esa carta: la última carta. Quizás la primera,
tal vez, la única.
Cuántos hechos, nos preguntaremos. Ninguno.
Entonces jamás sucederá
lo que al mundo de los sueños pertenece.
No pisaré la alfombra roja del destino contigo a menos que cerremos los ojos.
Cuántas cartas quedan aún por escribir.
Si es que no está ya todo escrito, qué falta por decir.
¿Todo?
¿Dijimos algo?
Escribamos verbos que denoten cercanía. Escribamos ven y bésame.
Escribamos te necesito.
Escribamos esa última carta,
ese bello suicidio,
sacudamos este llanto contenido por la ventana, llenemos el suelo de palabras
jamás pronunciadas,
que otros barran,
que llenen cubos y cubos y las arrojen al vertedero del olvido.

Que se las coman los carroñeros mientras nuestro abrazo nos haga uno.
O continuemos leyendo libros,
emulando a Catherines y Heathcliffs
disfrazando los días,
acudiendo a las aburridas fiestas de la realidad. Trabajando de sol a sol
llenando la mente con cientos de historias que nos son ajenas
aunque finjamos que nos importan. Continuemos durante años esperando
a que aquello que sólo toma cuerpo en sueños suceda
o a que el día menos pensado
nos visite la muerte.

Concha García

Para Selva Casal

1

No podemos vulnerar
lo visible
ni las espaciosas salas
donde nos reencontramos
con todas las que somos,
ni el amor, que cambia
de volumen,
a veces desaparece
para instalarse
en una calle
conocida.

2

Los días que llegan
serán envoltorios
de grandes asombros
bajaré hasta el final
de la escalera
y no te amaré
solo un rato.

Virginia Navalón

SIENA

Esto que aquí comienza,
caos de arcos que apuntan,
huecos largos que acribillan sin orden
los alzados, contraventanas
que abren, que cierran chirridos verdes,
fachadas ciegas, aparejos
disparos, ladrillos de un pie, de medio,
molduras cojas, desconchados.

Esto que aquí comienza
es como esta ciudad,

un engendro,
ojito derecho del vidrio
de la belleza.

José Luis Rodríguez Ojeda

Y TAN LEJOS Y TAN CERCA...

Cuánto Manuel en Antonio
y cuánto Antonio en Manuel.

Dos almas muy parecidas,
por idéntica niñez.
Lo demás son circunstancias,
lo que cualquier vida es;
pero lo que sueña el niño
sigue en el hombre después.
Si releemos sus versos,
los de los dos a la vez,
se ve la misma raíz
en el fondo (hasta se ve
en el tono y en la forma,
algunas veces también).

La misma luz buscan ambos
que daba en el patio aquel...

Dejemos la cantinela
de la buena y mala fe...,
de las dos Españas..., hondo
Antonio y trivial Manuel...

Dos almas, las dos muy hondas,
con su haz y con su envés.

Cuánto Manuel en Antonio
y cuánto Antonio en Manuel.

Antonio Cruz Romero

MISE EN SCÈNE

*What can I do to drive away
Remembrance from my eyes?*
JOHN KEATS

A Noa y Sophie,
y a sus ojos ausentes.

estoy junto a la ventana y escucho el clamor del cielo abierto
y las notas extraviadas de la última defunción del concertgebouw.
mi habitación es simple, abismal y abuhardillada;
veo frente a mí las casitas holandesas, los ventanales sin cortinas,
y me echo de menos a mí mismo y todo aquello que sentía.
yo soy del sur, o incluso más allá del sur,
en donde nada existe y nadie existirá jamás,
salvo las higueras y nopales, y las sombras de la muerte;
pero yo amo existir y me muero con saña en esta ciudad
porque aquí la vida es lánguida y gris, incluso en verano,
pero puede que yo sea un ser oscuro, puede que sea descorazonado,
es posible que esta sea la tierra de nod o un graffiti en la boca del metro.

mi cama parece la mortaja romana de john keats,
pero ya sabemos que keats no llegó borracho a casa
aquella tarde lluviosa y británica, que en definitiva son lo mismo,
sino con la culebra de la tuberculosis royendo sus vísceras.
leo una cita de bukowski que dice que escribir es mejor que beber,
pero eso lo afirma el santo bebedor, así que no creo ni eso ni lo contrario,
y luego hormiguea en mi cabeza el verso de manuel vilas
de rezaré y beberé a un tiempo, y éste me parece más adecuado.
si llevase drum tabak me asomaría a fumarme un cigarro
para ver mejor la vida, pero sólo bebo, saco la cabeza por la ventana
y medio litro de amstel que ha sido elaborada con el agua del viejo río,

el mismo líquido con el que en tiempos no tan oscuros bauticé con mis manos a dos niñas [a Noa en la basílica de san nicolás, frente a central station, y a Sophie un día lluvioso de abril tras homenajear junto a la arena del mediterráneo a un poeta muerto...] los veranos muertos en mi boca, invoco, así que siento en el paladar el frío amargor del sagrado líquido cayendo, y en éste reconozco el sabor de vuestra carne ausente en este estómago hueco.

hay momentos en los que el tiempo que dicen que ahora me pertenece se aleja tan despacio, que yo mismo llego a adelantarlo, lo contemplo face to face, lleno de pústulas y supurando un halo de tormento abro las manos antes llenas y ya sólo quedan huesos, pavesas, nadie me espera hoy, como ayer, quizá tampoco mañana, puede que nunca, pero vosotras sois más importantes que este dolor y todas las heridas del mundo juntas me digo con una calavera en la mano que ojalá no os quisiese de esta forma tan intensa, sino racional-mente o ciego y mudo sin alma para sentir mayor desgarró y volverme loco de remate de una vez por todas, o quizá me lo merezca, o quizá esta locura y su dolor sean más puros que la propia vida, porque amar u odiar es cuestión de suerte y aritmética, porque odiar o amar son una misma moneda en forma de perfecta canica y nunca sabes cómo rodará y dónde acabará deteniéndose.

el suelo es de chirriante madera, pues de lo contrario la vida aquí sería absurda, y de su seno han nacido docenas de poetras suicidas, como la mala yerba, fracasados y malditos, y temo contagiarme de sus males y de sus muertes, me miro al espejo, seré ya también uno de ellos?
sobre la cama reposan unos levi's desgastados y mi peor panamá,
eso es lo que me queda, unas monedas sueltas para los ojos y cientos de sucios libros,
unas gafas ray-ban porque si no el sol me convertiría en vampiro,
y yo odio el sol con todo el odio posible, con el odio acumulado del último año sin verano, aunque vengo del país del sol, de donde nunca se puso el astro rey, de cuando fuimos el imperio más poderoso del mundo y de todo el universo y yo ni existía, como tarde o temprano dejaré de ser, de estar ni parecer, y tampoco tengo coche propio ni la vida misma me pertenece ni los zapatos que cubren mis pies ni la casa que pago, nada es mío, ni el ataúd que sin estar hecho será ensamblado con algún árbol aún sin plantar,

he llegado a creer que me había dejado un bigote parecido al que llevaba doc holliday el día que murió porque quisiera haber tenido sus tres profesiones, pero luego me he reflejado en un espejismo y llevaba la misma barba negra que cable hogue buscando agua en donde era imposible encontrar la misma barba de slauerhoff en su lecho de muerte mas yo llevaba la misma barba negra encanecida de moshé vagando cuarenta años con sus oscuras madrugadas por un desierto rebosante de aguas ganadas a una tierra de pólderes-arenques-tulipanes cargado con dos hijas salvadas como multitud en forma de pueblo, ellas sí me pertenecen [o no] y luego he pensado en el salto de herman brood desde la azotea del hilton hotel, uno de los primeros años del nuevo siglo, sin saxofón y sin alas, hecho añicos contra el suelo de un julio caluroso seguro que mientras caía a cámara lenta escucharía su propio piano en my way and now the end is near desenterraré un día esa tumba podrida de stratford para probar que el muerto pagó todas sus deudas y ahora me ha venido a la mente una conversación telefónica con roger wolfe y frío y su voz perfecta porque sospecha que a los escritores les inspira la lluvia y el poeta hilario barrero que ya sabía antes que yo que la tierra y la mortaja eran lo mismo he recordado de qué forma tan humana y tan hospitalaria se marchó menno wigman al mundo oscuro y las cenizas apelmazadas del doctor slauerhoff oliendo a tierra agusanada a mares a salitre y a madera podrida de holanda, justo ahora que mis noches vienen naufragando a bordo de una vida inhabitable sobre un barco en medio de la noche y sin puerto cercano a la vista, toda mi antigua existencia recolectando diminutos lugares en donde nadie ha querido descifrar los significados exactos, pero vosotras con esas manos tan delicadas me obsequiáis cada día ausente con aquello que roza los dorados bordes de lo inmaterial, me levanto y taponó con sangre coagulada la puerta del corredor del infierno que rimbaud dejó abierta en su día, condenada ave de paso, hoy Ein Sof pende del hilo invisible de las nubes carbonizadas con su olor a sábado o incluso a domingo por la noche junto al agua, porque hoy es el día del Señor en el último e infinito teatro de mis sueños y de mis pesadillas, misa o teatro de ávidos espectadores, acomódense en sus butacas y abran bien los ojos, estoy sentado en el borde silencioso de otro de mis profundos abismos, el mismo que por última vez se encaró con chet baker en un muelle cercano, y perdió, pero yo amo la vida y por eso muero en esta ciudad de muertes infinitas que me persigue y dibujará el escenario de tu propio crimen y al fin el de mi derrota. oración y escenario: la noche es un resumen sin palabras de gaviotas y ecos de urracas, de los portones abiertos de las iglesias y de los burdeles cerrados a cal

y canto como ostras muertas: la vida y el poema desgarrados
en una puesta en escena en

amsterdam
febrero
marzo
abril
julio
agosto
septiembre
casa del traductor
2018
in memoriam

Francisco Gálvez

VUELO A PARÍS

Subo a un cielo cortado
por lo metálico
y poderoso de la ciencia;
abajo pájaros y espigas,
ciudades que no veo;
soy un peso que se puede romper
en cualquier momento;
la mirada en la mano,
el miedo a volar, a veces un error
en la fundición del acero,
como en la vida. De momento
algún siniestro por tasar.

María Eloy-García

APOLOGÍA DEL BARROCO

hay veces que citar a proust
es como ponerse un wonderbrá
y realmente no hay diferencia
y tú dices –proust dice–
y saltan los avezados intelectuales
a tocarte lo interno del verso
con dedos de sátiro
con todas sus uñas largas y negras
no hay naturalidad en el wonderbrá
ni en proust
hay que hacer como que no los llevaras
hay que simular lo voluptuoso
pero te sale por todas partes
la pura carne
así que hagamos lo barroco
un wonderbrá talla pequeña
y una cita de proust en francés
aunque ninguna se te ajuste
se da el juego de lo evidente
y la muerte pasa más despacio
es tan grande el barroco
como la naturaleza
a ambos les salva
la carne
y la profesionalidad
del morir

Luis Artigue

INTERNADO

amigo que pertenecías a mi estirpe y regresas como del fondo
de un sueño en moto desde aquella adolescencia
nuestra que hería como un toro tatuado y ahora es un paisaje
color pastel con trozos de verdad te escribo en este tiempo en que ya somos
aquello que nuestro miedo imploraba para decirte que en verdad me sorprende
en esta noche mutua qué imposible y familiar resulta escucharte cerca
sobrevolando la inmensidad de las décadas que han pasado por nuestra alma
común entonces mientras juntos contábamos
nuestros futuros de dos en dos bajo la techumbre espesa de aquel cielo
plomizo como un desfile de gabardinas y nos marcamos
sin saberlo y a fuego el compañerismo sin resguardo
durante un tiempo recio radicalmente vivido en el que aprendimos al menos
a estar solos juntos en aquella ciudad-mundo en verdad tan fronteriza
como nuestras certidumbres o como el color gris
que camuflaba y no personalizaba aquel caserón gótico
ahora creo que sacado de *Cumbres Borrascosas*
en el que fuimos estudiantes y estudiados y hoy rememoramos
imposiblemente como quien barre los restos
de la noche anterior al tiempo que brinda y celebra y vuela
y olvida que sabe
que igual que los viejos amigos los recuerdos
te dan lo que no tienes
mientras
te enseñan a vivir contigo

Ángela Álvarez Sáez

ÚTERO ADENTRO

Oh, madre, mi generación
ha crecido viendo en la pantalla líquida
del aluminio
bombardeos de países lejanos. Bombardeos
como fuegos artificiales en la noche de Bagdad.
Pero no hemos visto
a la madre corriendo a la sala de estar, cogiendo
en brazos al bebé que llora desconsolado.
Luego, años más tarde,
vimos cuerpos de niños ahogados surgir
como algas
en la arena del Mediterráneo.
Hemos visto a padres correr con el cuerpo
de sus hijos por ciudades devastadas
en el vientre del dolor. Hemos conocido historias
de abusos y atrocidades. Hemos humanizado
los fuegos artificiales en aquella noche lejana.
Mi generación sintió temblar
sus huesos con los atentados de septiembre.
Mi generación tembló en Atocha y en las Ramblas.
Pero, oh, madre, yo sólo he visto
el horror en el líquido frío del móvil, como
una sopa helada que se sorbe despacio.
Madre, te estoy escribiendo
desde una pulsación blanca como un latido
de niño enfermo. Estoy en casa, es domingo.
Todavía es pronto. El patio es un hervidero de sol.

Corre una música densa por las tuberías,
una música ronca de instrumentos oxidados.
Un vecino ha abierto las cortinas. Madre.
Mi hija duerme. Su padre duerme.
Yo escribo feroz sobre sus párpados
de nieve. El sueño ha dulcificado
nuestra mirada. Mi hija, su padre.
Amar, como un agujón rojo que
respira y estremece todos mis músculos.
Mi hija y su padre. Tendidos
cual lirio deshojado. El sol roza
los insectos de la cuna. Madre,
te estoy hablando del amor. Agujero blanco
que roe la luz. Mano que alimenta y araña
sin compasión, sin ternura. Madre. Los años
han carcomido la alcoba.
Fisuras por las que aparecen
gusanos gordos y verdes, gusanos
que atraviesan la madera
hasta el corazón de los enfermos. Una vez
fuimos al zoológico. Vimos a un bebé
alimentándose del pecho
de su mamá gorila. Pensé en lo frágil
que es esta tierra de nadie. Pensé en el frío.
Oh, madre, yo he sentido el horror
como un caballo con las patas
manchadas de orín
llevándome en sueños. Oh, madre,
cojamos el cuerpo de mi hija. Oh,
madre, mi hija ha despertado.
Me ha mirado a los ojos. Oh, madre,
mi hija me ha mirado, oh, madre,
ahora el poema estará completo.

Julia Santibáñez

OSARIO

Me venden una tumba a perpetuidad
y para qué nada eterno,
peor aún mis huesos,
lo menos yo de mí:
imperturbables,
andan siempre rectos,
no se burlan, no aprendieron a llorar.

¿Qué elegiría hacer inmortal?
Quizá la boca, entreabierta
aunque llena de tierra,
la lengua tibia de mi acento,
allá al fondo, sus motivos.

Rocío Hernández Triano

DIÁLOGO A CUATRO VOCES
(EN EL QUE LA POETA INCREPA A JOSÉ HIERRO
EN ESTADO DE SEMIPENUMBRA)

Te me has adelantado, José Hierro.
Invitabas a un polo de limón
en Central Park (cabía en tu poema)
a Beethoven, a Bach, a Gloria Fuertes,
viuda miliciana.
Una oración pagana en Columbia University,
donde viven tus muertos.
Mis muertos, mis fantasmas,
dónde los pongo ahora,
José Hierro, que echar al *Yepes Cocktail*,
qué licor de liturgia,
qué lisérgica sílaba,
qué potaje de mística beberemos ahora.
Juan de la Cruz, qué dijo, le mereció la pena
de su prisión al Tajo,
llaga, zumo de cardo
y Dios que se le iba el santo al cielo.
Cómo hacer un poema que dialogue contigo,
José Hierro, fantasma a contraluz, pecio de sombra,
que has cantado una nana para el preso
y peinas mariposas surreales.
Invítame a tu fragua,
a tu verso guerrero,
que no quiero morir ni que te mueras
sino seguir cantando.

Rodrigo Galarza

OFICIO DE VIVIENTES

A Blanca Morel

no vimos los precipicios
simplemente saltamos del uno al otro
saltamos hermosos
y todavía seguimos cayendo
mientras el aire nos desnuda
y tira de nosotros hacia arriba
seguimos cayendo
del uno al otro
y cuán vivo entramos a nuestras muertes
cuánta luz nos abraza
y nos nace y mece
pero seguimos cayendo
sin que haya preparación alguna
nada
salvo el amor imperfecto
que todos los días esconde un poco sus manos
y así la caricia es del aire
y los besos:
del estupor alojado en la sangre
rastros por rastros
segundo a segundo
sin embargo la caída
sin embargo la vida juntos
el amor imperfecto
la juntura de la belleza
abriendo su abismo
para que nada quepa
para que nada nos pertenezca

¡nada!
salvo salvarnos
de nosotros mismos
salvo nosotros mismos
yendo hacia la muerte
viviendo

José Iniesta

PIEDRA Y VIDA

Así es mi vida, / piedra, / como tú.

LEÓN FELIPE

I

Cada noche converso con la vida
y está llegando el alba. Me levanto
a qué, a mi persistir,
a mi extravío,
y aguardo un no sé qué que nunca llega
cultivando mis rosas en el frío,
y salgo a la inclemencia de la tierra
porque vine a sembrar en soledad
mis huesos otra vez, mi sueño roto.

No soy,
estoy amando como nunca.
Se deshace, despacio e inexorable,
mi figura de arena y mi presencia
con el viento y las lluvias del otoño,
y aquí te encuentro a ti, piedra pequeña,
tan viva en el misterio del camino,
donde toda la luz en tensa calma
con su dolor antiguo
nos habla, me concibe.

II

¿Adónde hemos llegado, corazón
cansado? Me detengo sin nada
y viviré

perdido todavía, a mis hallazgos.
Oh piedra, desde cuándo en tu lugar.
Me inclino a mi alcanzarte
y no recuerdo
mi música ni nada ni mi nombre,
fundidos en la sed y en la pobreza.

Así es mi vida, piedra, como tú.
Sólo sé respirar, y nada sé
ahora

contigo
en la dulce explosión del avanzar,
el jazmín de mi arder en noche oscura,
materia que en mi sangre es erosión
de lluvias y de muertes en las selvas,
apretura del mundo alucinada,
guijarro y maravilla de un temblor
escaso,
lo que somos,
hasta cuándo,
rodando en su ladera hasta el final.

III

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Qué llamarada el mundo.
Cuántas ramas vencidas,
cuánta sed necesaria
en mi vida secreta.

En mi mano cerrada, donde estás,
piedra pequeña,
aprieto el vendaval de mi existir
y nada es posesión, desaparezco
despacio en el vigor del remolino,
escucho las riadas que arrastraron
creencias y belleza y juventud,

las horas donde el oro fue su risa.
Ya ves, cómo terminan las edades.
Ya ves, toda canción es una piedra
menuda en el mutismo del camino:
el suceso increíble
del amor y sus vidas.

IV

Así es mi vida,
piedra,
como tú.
Estar contigo aquí es una fiesta
de profunda nostalgia y de estupor.
Los dos vamos desnudos,
más desnudos
aún,
y el oro que me queda es mi sentir
sincero
junto al árbol que lento se deshoja,
las nieves minuciosas que vendrán,
las noches con su abrazo de silencio.

No sé, no puedo más,
voy a caer.
Qué altura al alcanzar los precipicios.
Te lanzo al infinito, con qué fuerza,
—oh piedra en mi ilusión o vida mía—
desde una cumbre pobre y desgastada,
y un minuto mi amor
que es libre y va contigo
se hace piedra en la rosa
encendida del cielo,
y es todo, por el aire, en su caída
la estela de una llama y corazón.

Jesús Montiel

PLOC

Mi mano con jabón, en la cocina.

Ahora que concluye esta jornada,
no hay nada en la memoria
salvo el agua de un grifo
(su música diciéndome:
«Hiciste bien las cosas mudándote a los platos»).

Ni rastro del aplauso después del recital
o aquella traducción que me han propuesto
de un autor que bueno,
diré que me apasiona.

De aquello que nos pasa
recuerda el corazón lo menos agendado.

Ana Castro

ARRECIFE

Mi vientre es un arrecife de coral rojo
en medio de una crisis de dolor.
El agua de la ducha lo azota y lo invita a bailar.
Puedo recorrerlo con el dedo índice
como quien pasea por el Desierto del Colorado
y toma fotos:
la misma nada, el mismo silencio.

Es una formación roja de textura similar
a las esponjas con las que bañan a los recién nacidos.
Pero aquí no hay criatura.
Sólo tejidos que no debieron existir,
una pigmentación fortuita de la piel
como respuesta al calor que aplico
una y otra vez hasta quemarme.

Cargo con mi arrecife de coral rojo de un sitio a otro
bajo la ropa. Así, mi arrecife recorre el salón,
las sábanas, el metro, el despacho...
Pero tan sólo lo descubro en la ducha,
cuando entre azulejos azul playa
intento amortiguar el dolor a base de olas.

Y no funciona. El dolor no se calma.
Entonces advierto que este arrecife de coral rojo
es mi playa privada y también lo que abulta
en mi vestido sin bebé.

Miguel Floriano

IGUAL QUE UN HOMBRE

Fue tu felicidad, de terrores homicida.
Fue tu felicidad, multiplicada
en la vulgar materia y en la carne triste.
Aún mil idiomas para tu sonrisa,
de la que no me alejo para no caerme
antes del alba, que la conoció.
El resultado es la sabiduría,
no la fortuna ni la misericordia.

Si culminasen, me acusarían las palabras.
Belleza imperdonable. *Omnia vincit amor.*
Permanece. Sigue aquí. Te quiero.
Tendrás que perdonarme: ¿nombré lo que era mío?
El poeta no recuerda igual que un hombre.

Sonia Marpez

VACACIONES

Una mezcla de agua y sangre
descendía por la fachada.
En la terraza, los nuevos vecinos
sacrificaban un cordero.

Observando la escena
desde la piscina,
unos críos ingleses.
Cuando se cansaron de jugar,
se marcharon con los ojos rojos
y la singular noticia a sus casas.

Pasó el verano,
unos se fueron, a otros los echaron.
Las moscas continuaron llegando.

Norberto García Hernanz

VOCIFERANTES

Imagina que te alistas voluntario y entras en el Cuartel
y te quedas y conoces a gente como tú:
jóvenes venidos a Madrid para hacerse soldados
por huir de la monotonía, por conocer cosas nuevas.

Y pasan veinte días, imagina, y observas movimientos extraños
de tropas subiendo y bajando, españolito tú e indefenso,
y oyes balas y luego cañonazos y bombas de aviación
y antes de reaccionar y poder decidir hacia dónde moverte
o dónde aquietarte, ves morir a unos cuantos en fila
a manos de otros cuantos, en formado pelotón.

Imagina las voces, los gritos y la sangre
y el acumularse de cuerpos en el patio
y luego también que acaba el ruido
y alguien te ordena marcharte
y te dice que ya no eres soldado,
que estás licenciado,
que lo mismo que allí entraste, te «desentres».

Imagina la cara que se queda pasando por la puerta de la muerte
a la madurez del principio de una guerra de tres años
y luego, si tienes tiempo y ganas,
imagina que no tomas partido ni te indignas
ni te pasas la vida contando aquello a tus nietos.

Imagínate por fin que eres mi padre
y que hablas poco,
como forma inteligente de expresarte,
en contra de los vociferantes.

José A. Ramírez Lozano

VIDAS QUE NO FUERON

Hay vidas que no fueron vividas a su tiempo
y han dejado un vacío sin vivir
que tiene su tamaño entre los vivos,
que delata su ausencia.

Ese fiscal sin plaza que frecuenta de noche
la subasta de las estilográficas
y se olvida del nombre cuando puja,
porque no tiene nombre, porque no tiene más
que el hueso de una sílaba,
y un carrito en que ovilla el perfil de su talla.

O ese afilador que toma el tren en Cangas
con un billete numerado cuyo asiento no existe,
porque no hay tren en Cangas
ni cementerio en Sila, a donde va
cada noche a poner una glicinia
en la piedra sin nombre del hijo que no tuvo.

O esa monja del sueño
que pronuncia su nombre en mitad de la salve
para ser en la música
y el coro lo descubre sobre la partitura
como una nota vana de silencio,
ese cerco de ausencia y humedad
que precede al suspiro, al tacto de la carne.

Hay vidas que no fueron vividas y de noche
toman cuerpo en las sombras y frecuentan
las vidas que los hombres descuidan cuando duermen.

Besan entonces con sus labios,
calzan sus mismos pies, muelen café, vomitan.

Y si acaso en la noche un hombre tose,
se desvela y orina,
ellas salen huyendo de su propio extravío
para arrojarse, ciegas,
en ese mar de fiebre, espejo de la nada.

Antonio Praena

(En la muerte de Pablo García Baena)

Ha llegado el momento.
Comienzan a marcharse los amigos
sin excepción ni despedida.
La muerte de los nuestros
nos convierte en epílogo y ya somos
lo que no tiene historia.
Si nadie nos responde, da lo mismo
callar que ser el eco de los muertos.
Por eso, dime, ahora a quién pregunto
si tanta imprecisión es un poema.

César Iglesias

EN OTRA VIDA

Ya no quedan monedas para tantos
ojos, ni más lamentos que decir.
Llegado es el momento de buscar
otras formas de hablar con los *raitanes*,
que con sus cantos rojos nos alertan
de los temores suaves de los bosques,
de los ángeles negros sin caricias,
de los aullidos sordos de la noche,
de las habitaciones con lamentos,
de los rezos inútiles del viernes,
de las mentiras dichas de rodillas.
Es nuestra oscuridad quien prende fuegos
a aquellas malas luces de cadáveres
desahuciados, sin tumba ni sigilo.

Beatriz Hernanz

Hablarán esas piedras,
crecerá su semilla dormida.
Los mapas se desprenden de su sombra.
¿Dónde están los vestidos de la nada?

Amaso un tiempo en suspenso,
un no lugar que cierre los huecos
interiores; las bacterias del tiempo
toman posesión de los huesos:
por la herida entrará la luz.

El sol se intuye tras este largo invierno.
Los dioses han quebrado el movimiento.
El azul sereno de un mar antiguo
lame las piedras blancas de los otros.

Sueño con un comienzo bañado de luz
que apacigüe las cicatrices que crecen,
reptando por la escalera de mis pasos.

Yolanda Pantin

DESPOJO

El hombre que vende
agua de coco

y con un machete
sobre un tajo
de madera renegrida

frente a la puerta de su casa
curtida de miseria

va y corta los frutos,
de donde mana
dulce
el agua,

es un
iluminado.

Jonatán Reyes

A MINUTOS DEL FINAL

Todo en su desenlace tiene cierto
encantamiento bruto
como un perro bajo la lluvia ácida
traficando el petricor de un lado a otro
de la realidad

la poca iluminación que queda
con furia
nos come la cara
nos chupa despacio la piel
nos borra a paso lento

la sintaxis de la partícula domina la situación
otro tropezar de negrura espesa tiente al objeto
se adultera la anémona

la casa edita su origen a ras de nada
quizás sea el último aliento de luz
lo que nos haga brillar

Francisco Barrionuevo

ANTE LA CASA DE FERNADO ZÓBEL EN SEVILLA

All gardening is painting...like landscape hung up.

ALEXANDER POPE

Al fondo de la plaza
la casa sigue en pie y ante su alzado
recuerdo a sus antiguos moradores.
Morar, morir, se empeñan las palabras
en unir lo disímil. Habitar
y descansar en paz no es diferente.
Morir, nacer, tal vez la muerte sea
origen a su modo de la vida.

Hojas de acanto muestran en la plaza
su imagen en el tiempo que traslada
su presencia a la piedra y el paisaje,
como un cuadro colgado
entrevisto en la niebla sin figura,
es el de aquellos días. Fueron
de afanes que hoy parecen de otra gente
distinta a la que somos.

Pertenece
el tiempo a sus heridas siempre abiertas.
Labios que no conocen el silencio,
del fondo de esta plaza y de los años,
al recordarlas, hablan.

Lucas Margarit

A Léopold Sédar Senghor

fuera del desierto
el desierto

enfrentado otra vez al
atlántico
monte de las máscaras

sostiene
el nuevo rostro negro del guerrero

y
otra vez
el bello rostro negro de los océanos

y
recupera los pergaminos del fuego
con la danza de los pies desnudos
en un desierto
frente a los escribas de piedra

Camila Charry Noriega

EL ENEMIGO

Hubo un día
en que el pan fue piedra entre las manos descarnadas
y húmeda la llaga
en la boca de los perros.

No hay revolución más cierta
que separar los sesos de las tripas;
a un lado la lengua, esa espina magra
que hace frente a la voz,
y la mano que escarba y va sumando a uno y otro lado:
mucho gente es abismo, desasosiego,
poca gente es templanza, medida,
y la mano mezcla y revuelve,
estira las tripas,
pesa el hígado por donde corren los odios más roñosos
y tantea la serenidad con la que se vigila el mal ajeno.

A uno y otro lado
se batalla,
se resiste con furia animal.

Vuelvo a nombrar los días más amados
y es poco lo que queda en tierra firme:
las manos descarnadas,
los hocicos lacerados,
la quietud del humo a lo lejos.

Felicitas Casillo

PRECURSOR

Un hombre abre los brazos y su cuerpo forma una cruz.
Extiende una mano hacia el páramo de las madres judías.
Desde las tiendas, saludan los niños muertos por Herodes,
y la antigüedad se dilata, corazón de anciana.

La otra mano, abierta sobre un huerto,
acaricia las siluetas lejanas de olivos.
Nadie en la fertilidad de tumba.
¿O todavía no han llegado?
¿Acaso no será este, piensa y sabe,
el recreo de muchedumbres futuras,
la multiplicación del convite,
una mañana cuando corran mujeres llorosas,
la cena a través de la historia?

Los siglos maduran en el crepúsculo de Israel.
Cruza una paloma en ciernes el paraíso.
Es la hora entre el antes y el después.

A sus espaldas, las judías le dicen adelante mi hijo.
Los brazos desnudos de los patriarcas señalan:
¿oyes el ritmo que zarandea los cedros,
que agota el Jordán y enloquece las espigas
al borde del camino?

Cierra en su puño la antigüedad contra el pecho,
el corazón le salta como un crío de vientre.
Y con los ojos dorados,
liviano y varón,
avanza precursor hacia el martirio.

Auxiliadora González

PATIO DE LUCES

Una mujer fuma un cigarro.
Siempre lo hace sola en la ventana.
Mira hacia ningún lugar.
Su cara es el reflejo de una noche
en un páramo inhóspito

Cuando la miro se abre mi grieta.
Su belleza es fría, inexpugnable.

Enciendo un cigarrillo,
bajo la mirada a la mesa de la cocina,
pienso en un ayer lejano y fugaz.

Espejos convexos de dos historias
compartidas en la soledad
de un patio de luces.

Aunque nunca escuché su voz,
echaré de menos su compañía.

Javier Bozalongo

LA CAJA

La última mudanza ha traído hasta mí
una caja pequeña que tenía olvidada.
Al abrirla compré un billete al pasado,
un viaje impredecible a través del espejo.

Sobre la mesa esparzo un pasado concreto.
Me mira otro Javier desde un carnet ajado
de alguna biblioteca, y me miran también
documentos inútiles que dicen lo que fui:
residente en Ibiza, vecino en Barcelona,
socio de algún gimnasio, aprobado en la escuela;
y ese cuaderno blanco que llamamos cartilla,
que demuestra un servicio obligado a la patria,
un tiempo al fin perdido a cambio de migajas.

Aparecen las fotos de aquellos más cercanos
—un árbol genealógico a medio construir—
o un mechero sin piedra ni gas ni vocación
de encender un cigarro que aún está junto a él,
manchado de carmín, recuerdo de algún beso.

No es nostalgia o dolor por el paso del tiempo
lo que marca las horas vaciando la caja,
es la curiosidad y la mala conciencia
de no saber qué abría, porque todas lo hacen,
la llave que se esconde debajo de mis ruinas.

Pablo Núñez

QUERÍAMOS LUCHAR

Queríamos luchar. Poco importaba
manejar sin destreza nuestras armas
o confundirnos, torpes, de enemigo.
Peleábamos siempre hombro con hombro,
mas en campos lejanos, muy dispares.
Cuando alguno salía victorioso,
nos salvábamos todos del fracaso.
Nos unía la paz imaginada
al final de la senda tenebrosa,
y también el creernos invencibles,
el no pararnos a contar heridas.
Así fuimos abriéndonos camino
y olvidando, más tarde, la contienda.
Tenía el sol la voluntad de amarnos,
pero no había tiempo. Hoy recibimos
su luz tranquilamente, paseando
entre recuerdos vivos de otros días.

Felix Trull

AFORISMOS

Todas las razones son de peso. Por eso se hunden tan deprisa.

*

¿Y si no saber la suerte que tenemos fuese la capa protectora con que se nos oculta la suerte que corremos?

*

La lectura genuina nos obliga a descender al pozo de nosotros mismos. El libro es la cuerda.

*

La naturaleza es tan sabia que te deja creer que tomas por ti las decisiones que ella ya ha dispuesto para ti.

*

Que haya que alimentar la llama todos los días es una prueba de que lo natural es que se apague.

*

Algunos espíritus, inconsolables natos, buscan algo sólo porque saben que no existe.

*

La forma suprema del poder es la libre abdicación.

*

No todo está en los libros, desde luego, pero sí tiende fatalmente hacia ellos.

*

Todos somos hijos discontinuos de nosotros mismos.

*

Yo sólo dependo por completo de lo que no depende en absoluto de mí. Y en el hecho de saberlo reside mi liberación.

*

La opinión personal es el último refugio de quienes no pueden alcanzar un conocimiento fundado.

*

Con el detector de metales adecuado, cualquier pajar se convierte en un arsenal de agujas.

*

Lo peor de ganar es tener que dejar de jugar.

*

Toda alegría tiene algo de radiante mediodía.

*

Conformarse es la cuna del contento. Luego hay que criarlo.

*

La lucidez cuando se despoja de la piedad, degenera en barbarie.

*

El individuo moderno es tan presuntuoso, que cuando descubre analogías entre su vida y la de la naturaleza, presume que se las está imaginando.

*

Sólo te llevará lejos lo que ya viene de lejos: a ser posible, del origen de los tiempos.

*

Con demasiada frecuencia llamamos lucidez a lo que no es más que una pesadilla recurrente.

*

Para revelarles sus secretos, la naturaleza antes debe ocultar al científico (como antes ocultó al poeta, al filósofo y al profeta).

*

La convicción racional es un triste sucedáneo de la fe.

*

El único valor que tiene el de ser todos igualmente libres es el de poder revelarnos como libremente diferentes, sin imposiciones espurias.

*

Mientras que el necio aspira a decir lo que quiera cuando a él le dé la gana, el sabio se contenta con decir lo que debe, y únicamente en el momento adecuado.

*

Una hipótesis científica no es más que un desafío al vacío, implorándole que nos colme de sentido.

*

Infinito consuelo: haberlo sido todo para alguien, al menos durante un instante.

*

He perdido la chispa. Al fin ya soy yo todo brasa.

R E S
E Ñ A
S

Escrito en el agua

DOLORS FERNÁNDEZ

Alejandro Duque Amusco

Jardín seco

Renacimiento, 2017.

Reseñar con afán crítico la obra poética de un autor es casi tan arriesgado como convertirse en arúspice de versos sobre el monte Olimpo. Siempre se teme incurrir en algún error grave, omitir algún dato revelador. Más aún si el poeta en cuestión tiene la talla de Alejandro Duque Amusco, ganador del Premio Loewe de 1994 y, durante décadas, cuidadoso exégeta de Vicente Aleixandre. Pero, ¿cómo resistirse a la tentación de reseñar su último poemario, *Jardín seco*?

No queda más remedio que acogerse al auspicio de las musas, armarse de perspicacia y sensibilidad y acometer la tarea como si se tratara de un designio. Entonces el *Jardín seco* de Duque Amusco florecerá en todo su esplendor y contemplaremos las cuatro instancias que conforman el poemario. Cuatro estaciones de lo más heterodoxo, tan diversas formal, temática y estilísticamente. El versolibrismo conviviendo con poemas sujetos a métrica como la sextina; haikus junto a composiciones líricas de gran intensidad; o versos reposadamente discursivos con aires porteños o recuerdos de Lituania. Si en algunos poemarios es evidente el hilo conductor, una suerte de santo y seña que identifica al poeta y a su obra de principio a fin, en *Jardín seco* esto no ocurre, porque lo que Duque Amusco busca en sus obras es «un equilibrio dinámico que haga más atractiva e imprevisible la lectura».

No obstante, el rumor de fondo es inconfundible, con su huella neorromántica y existencialista, anclada en la niñez y juventud del poeta. El lenguaje, siempre preciso y armónico, recurre a imágenes de gran belleza para lograr, en su conjunto, un mosaico admirable, evocador, nostálgico y muy *sui generis*.

En el título, tomado a partir de uno de sus poemas, ya se aprecia la voluntad testimonial que marcará la pauta durante todo el libro. El *tempus fugit*, tan recurrente en poesía desde que poseemos memoria literaria, se enriquece aquí

con ecos manriqueños. La clave del poeta es este «jardín seco», cuya certeza se vuelve un axioma: «(...) todo lo que el tiempo me dio y me quitó después / (...) ha venido a esta hora, a este espacio desnudo, / a este jardín enfermo / (...) Jardín seco.»

En «Para siempre», epílogo del libro, el mensaje se completa. Las conclusiones del yo poético funcionan como una sentencia: «El daño que causaste, todo lo que viviste / con indeleble tinta de sangre quedó inscrito.» Así pues, nada permanece, nada pervive y, al mismo tiempo, todo es irreversible. Una concepción de la vida demoledora, sin lugar a dudas. Ese es el verdadero núcleo temático, un alarde nihilista en conexión con toda la tradición poética europea que le precede, de Keats a Verlaine. Sobre esta premisa pivotan, en mayor o menor medida, el resto de sus versos.

La apariencia de apacibilidad, tan característica del poeta, se debe a la cadencia de su expresión y a la belleza mesurada de sus imágenes, no al sentido último de lo que nos comunica. Léase, si no, «Ugolino», poema-prólogo con un planteamiento tan fatídico y fatalista como el *Infierno* de Dante: «Prisionero en la torre de Ugolino, / cercado por el hambre de saber (...)».

Y hablando de epitafios, advertimos el rastro de uno célebre, el que dejara John Keats en Roma: «Aquí yace uno cuyo nombre fue escrito en el agua.» Los siguientes versos de *Jardín seco* son un homenaje al poeta inglés, admirado y traducido por Duque Amusco: «La llama lacerante de este sol hace daño, / hace daño la memoria del agua.» La imagen es sugestiva y sumamente eficaz, y nos retrotrae al río de Heráclito, diferente pero siempre igual, tan indiferente al paso del tiempo.

¿Supone este *Jardín seco* una negación de la posteridad? ¿Ni un ápice de *consolatio* nos lega el poeta? No hay un solo átomo de ambigüedad en el halo de fatalismo y frustración que lo recorre, verso a verso.

Alejandro Duque Amusco no sería encomiable si no nos deslumbrara con su luz crepuscular, con su pesadumbre alquímicamente transfigurada en belleza. Si, muy a pesar suyo, no fuera capaz de fijarse como lo hace en nuestra memoria.

Los dominios del lobo

RODRIGO OLAY

Luis García Montero

A puerta cerrada

Visor, 2017.

Pese a la especie divulgada explícitamente por sus trabajosos detractores y tácitamente por sus presuntos discípulos mediáticos, si hay algo que no se le puede negar a Luis García Montero es su afán de renovación y su autoexigencia, para lo que basta recordar las grandes diferencias habidas entre sus últimos libros ya desde su planteamiento: al buceo autobiográfico en la memoria sentimental de *Vista cansada* (2008), siguió *Un invierno propio* (2011), obra atravesada por una escritura en ráfagas aforísticas con mucho de montaje en paralelo; vino luego *Balada en la muerte de la poesía* (2016), poema narrativo en prosa, de cariz metaliterario y llamativo tono entre surreal y político; y, con las nieves de antaño de la pasada navidad, apareció este *A puerta cerrada*, seguramente su libro más grave y reflexivo, en el que la crisis económica de la última década se refleja en la crisis personal de quien, a punto de entrar en la sesentena, ve tambalearse su presente.

Aparece en muchos textos de este libro un alter ego, representado por el personaje del Lobo, que encarna los miedos y fantasmas que a todos nos acechan durante los insomnios; central es el papel que ocupa el diálogo simbólico entablado constantemente con este oscuro sosías («Aparición del lobo», «Pensamientos del lobo», «La vigilancia del lobo...»), hasta el punto de que el libro pudiera haber tomado prestado el título del que Javier Marías eligió para su primera novela, *Los dominios del lobo*. Y es que como un exigente examen de conciencia («Cualquier autorretrato / es una discusión») puede leerse *A puerta cerrada*, que no en vano parte de una dolorosa efigie del poeta («Entretiempos») y se cierra con el elocuente «Epitafio» de quien a lo largo de estas páginas, como queda dicho, se para a contemplar su estado de forma muy poco complaciente («Vigilar un examen»).

Los poemas, acaso más breves y directos de lo habitual en la obra de García de Montero, van

trazando en su línea de sombra un intento por responder a las incómodas preguntas que plantea cada espejo, a las que nada se escapa: el amor («Adán es para Eva como un hermano viejo»), la política («me reconozco / más descreído de lo conveniente»), la esperanza («ya no sabes creer»), la propia literatura («el arte de medir en los abismos»), todo amenaza ruina en unos textos en los que «pesa la historia» y en los que brilla la impecable orfebrería poética que es marca de la casa. Un libro, en fin, lúcido hasta el dolor, que «alcanza el corazón de las tinieblas» y en que, no por casualidad, se incluye un explícito homenaje a Luis Cernuda, que hiciera bandera de tales postulados éticos y estéticos.

Pero no solo hay daño y dudas en este libro verdadero y sabio, sino también un intento de respuesta, nunca un mero abandonarse a la cenicienta desolación. Así, las páginas finales recogen algunos de los mejores textos del conjunto, atravesados de una calma esperanzada, de una dulce serenidad («Indulto», «Punta candor», «Crédito ilimitado», «Ensayo de mi propia despedida»); quizá no sea ingenuo hacer notar que la última palabra del volumen es, precisamente, *perdonado*.

Quede dicho por último que la publicación de este *A puerta cerrada* ya muy entrado el otoño de 2017 le impidió estar, como debiera, en las consabidas listas de lo mejor del año. Listas, por otra parte, que nada añaden a un poeta de la talla de García Montero.

El vaivén del mundo

BALBINA PRIOR

Francisco Gálvez

Los rostros del personaje

Pre-Textos, Col. La Cruz del Sur, 2018.

Entre los numerosos títulos de poesía publicados en estos últimos meses destaca el volumen de Francisco Gálvez *Los rostros del personaje* (Pre-textos, 2018). Se trata de su poesía reunida desde 1994 hasta hoy, incluyendo el libro *Tránsito* (1993) (Premio Anthropos, 1994), *El*

bilo roto (2001), *El Paseante* (2005), *Asuntos internos* (2006) y *El oro fundido* (2015). Tanto en esta antología como en la publicada por Huerga y Fierro (1998) se intersecciona el libro completo de *Tránsito*, pero no parece desacertado porque es el libro esencial y de madurez en la obra del Fco. Gálvez. En este hallamos una visión de lo transitorio, reflejando en el sentir del poemario la paradoja de la instantaneidad y la perdurabilidad, sin unos perfiles definidos, con mucha intensidad, pero difuminados. Para el poeta de *Antorcha de paja* «lo efímero es estable y permanente». La inestabilidad como marca de rechazo, pero para él lo fugaz se convierte en perpetuo. Siempre en la paradoja, va construyendo sus poemas en un todo unitario en la línea del *Tempo fugit*, siempre el poeta enfrentado al discurso del tiempo. Y mantiene el pulso, ampliándolo a otras realidades ignoradas como en los mundos habitables, tal y como los entiende el autor, proporcionando ejemplos de mutabilidad y distanciamiento. Parecen estos poemas querer explicar el vaivén del mundo, su naturaleza y su ritmo implacable, irrepitable, imponiendo una carga de emoción y de vibración para componer la sinfonía del existir.

Después de un largo paréntesis sin publicar aparece *El Hilo roto. Poemas del contestador automático*, donde Gálvez varía completamente el registro, abandona la reflexión sobre el tiempo e incluye elementos autobiográficos; prescinde de la meditación filosófica y abraza la sentimentalidad en un diálogo solitario con la máquina. La vanguardia de principios de siglo XX estuvo fascinada por el automóvil y los gadgets de su época, corriendo el riesgo de que sus poemas quedaran anticuados. Con este desafío F. Gálvez se enfrenta también a lo nuevo y se revelan una serie de temáticas como la soledad, el abandono, la ausencia, la búsqueda de respuestas, la inhumanidad de la tecnología, el amor-odio en nuestra relación con las máquinas y la depauperación social, siempre en un tono coloquial y directo, inédito hasta entonces en su poesía.

En 2005 apareció *El paseante*, ganador del Premio de Poesía Ricardo Molina, en el que Francisco Gálvez peregrina por geografías literarias reales e imaginarias, haciéndonos partícipes de paisajes en los que vivieron Stevenson (la villa Vailima en la isla Upolu de Samoa); Emily

Dickinson y su Amherst natal; Thomas Hardy de *El gamo ante la casa solitaria*; Rilke o el espacio Zabalaga de Chillida. Habla del despojamiento en las ciudades y del riesgo de cosificación en ellas, que afecta incluso a seres como los pájaros sobreviviendo entre la polución y el ruido. Es una sucesión de escenas novedosas, un despliegue de intuiciones soslayadas desde nuestras más recónditas evocaciones, una búsqueda de la ciudad interior. Al mismo tiempo desvela sus propias carencias, que son las equivalentes a nosotros mismos, al poeta mismo. Es necesario para el poeta-paseante esta ruta al interior de su niñez para saldar cuentas con su pasado, muy cercano en su indagación en la memoria a *Asuntos internos*, en el que, como bien canta el poeta, nos abre «una ventana al universo/de dónde salen todas la interrogaciones».

Y hasta casi 10 después Gálvez no produce otra entrega poética, que por el momento es la última: el libro titulado *El oro fundido*. Su singularidad radica en la labor de experimentación en nuevas fronteras poéticas y literarias. Se puede observar en la sección de *Café y poesía*, prosa poética o poemas en prosa y en la de *Contenedores*, que abre variadas posibilidades en su obra. Son textos de larga construcción y llenos de fragmentariedad, pero que en conjunto logran un retrato de diversos mundos que conviven en sus percepciones: el que conociera el poeta en su niñez y adolescencia, en contraste con el planeta que hoy observa en unos espacios en movimiento constante, radicales, que traza con buen acierto. Usos y costumbres cambiantes, que dejan atrás una manera de vivir para renovarse o rehabilitarse como las casas abandonadas, que también pueblan estas piezas poéticas.

Y para finalizar este recorrido por la geografía última de la amplia trayectoria de Gálvez debemos destacar la importancia de su libro *Tránsito*, pieza angular en los libros de corte meditativo en la poesía española, que le conducirá también por una propuesta posterior al corazón mismo de la modernidad, comparando mundos en ascenso y en decadencia, para finalmente entrar en una fase experimental y de cambio, en la que el poeta Francisco Gálvez, de momento, se halla inmerso. Por tanto, no hay cierre en su poesía, todo está todavía por continuar, esperamos y deseamos, en nuevas entregas.

Un yo hacia el nosotros

JUAN CARLOS ABRIL

Juan Marqués

Blanco roto

Pre-Textos, col. La Cruz del Sur, 2016.

Los decoradores aseguran que en un ambiente con demasiada iluminación, el blanco puro se torna molesto, deslumbrante y crea demasiado contraste. El blanco puro quita protagonismo a otros referentes de la realidad, por su intrínseca característica estridente, y además tiende a ensuciarse demasiado rápido o, mejor dicho, se nota con mayor facilidad el polvo que se le adhiere. Bajo estas sucintas premisas podríamos acercarnos a leer *Blanco roto*, de Juan Marqués (Zaragoza, 1980), que nos remite desde el título a la paradoja de un color que es puro en teoría, pero de impureza imperceptible, marcando la diferencia su tonalidad. Porque la realidad es muy compleja: «Cree en mí, realidad, / igual que yo te acepto como eres.» (de «Canción», p. 15), nos explica en unos excelentes versos. Así la vida posee una amplia gama de matices, y eso sucede en general, porque este poemario habla de vida ante todo, de las paradojas de estar —y sentirse— vivo, del preguntarse por nuestro lugar en el mundo, el discurrir del tiempo y nuestra herida, en cierto modo existencial o epocal, romántica en su origen, que se cuestiona el yo desde la multitud de sus ángulos: «He bajado a la playa / para poder autocompadecerme / con justificación.» (de «Blanco roto», p. 61). Este poema final, homónimo del conjunto, nos ayuda a comprender que «El tiempo es una trampa» (ibíd.), no porque cualquier tiempo pasado sea mejor, pues no se alude en ningún momento a una mirada melancólica o nostálgica que nos sumerja o traslade al pasado, con sus bucles, sino porque hay que mirar «El futuro sin prisas»: «¿Hay algo que me tengas que contar, / vaso de agua? // Hay algo que te tengo que decir, / noche sin tí.» (p. 54). Se trata de resignificar el tiempo para comprenderlo en su discurrir, *tempus irreparabile fugit*, para reasignarnos un lugar en el mundo, aunque sea en un «Acuario» (p. 55), que nos empuje a reflexionar: «Quédate aquí, / sin mí, / coloreando peces. //

Te quedan / muchos años / por vivir.» (ibíd.). Tiempos líquidos, que diría Zygmunt Bauman. Como todo es cuestionable, o matizable, se asume la imposibilidad del decir, pero sin agobios abisales o inefabilidad, ya que la poesía nos conmina a expresarnos: «Cuida de mí, canción. / Di lo que yo no pude / cuando puedas.» (p. 15). El lenguaje debe llegar adonde nosotros no pudimos, y en la elección de un término u otro se halla su grandeza y miseria.

Dividido en cinco partes, en las que la primera y la última actúan como prólogo, introducción o poética con el poema «Principios», a modo de presentación, y la última como epílogo con el ya citado «Blanco roto», se diría que la estructura clásica tripartita se halla en la propia composición del poemario, como en «Novela» (p. 46). Pero el desenlace se disuelve como «lento sueño / con volutas de nube [...] bajo un cielo perfecto» (ibíd.). El cielo, por cierto, es uno de los referentes más emblemáticos de este *Blanco roto*, seguramente porque se desmiente su pureza, porque siempre se ve con distintos ojos, o porque el cielo de Zaragoza no es «El cielo de Madrid» (p. 26). Este poema sin duda marca un punto de inflexión, ya que desplaza el foco desde la voz narrativa que se mira a sí misma, hacia los hijos, desplazando la idea de desarraigo inherente a ese sujeto escindido, o voz principal, hacia un nuevo arraigo —destacando desde el título su «No ficción»— simbolizado en los hijos. La mirada del padre lo propicia, de ahí las «Perspectivas» siguientes, título de la cuarta sección. El autor, en sus hijos, ha generado su propio argumento, se podría también decir.

La familia ocupa el espacio central, con lo que se entiende su importancia en las autojustificaciones de quien se sabe traspasado por la incertidumbre y las dudas, es signo de los tiempos que nos han tocado vivir, fruto de la ideología que nos conforma, como en «No hablo de mí» (p. 17), aceptando sus limitaciones y costumbres castradoras, luchando por vivir o sobrevivir, por «existir sin disfraces / y sin sobreactuaciones» (ibíd.). El poeta escribe sobre un nosotros amoroso en «Nuestro poema» (p. 16), en diálogo inacabado, con proliferación de verbos de lengua, pero sabe que no hay pureza, pues cuando las relaciones se parecen a la nieve, se manchan: «a veces una tarde o un camino están ahí, / no

significan nada.» (ibíd.), afirma para rebajar trascendencia a las promesas. Hacia ese nosotros sentimental sin duda se dirige esta poesía, pero el yo subraya las preocupaciones: «¿Quién me vigilará mejor que yo?» (de «Extremo libre», p. 18), se pregunta quien no puede o no sabe vigilarse, pues somos nuestro mayor enemigo, y nadie escapa de uno mismo, aunque nos exiliemos en «Mödrudalun» (p. 19). El aquí y el ahora se imponen: «Me gusta obedecerme / y obedecer el cuerpo.» (p. 18). Hay que hacer caso a la realidad, consintiéndola, dejarse llevar para disfrutar, sin mayores averiguaciones, si queremos ser felices. De hecho este libro también se podría plantear en términos de felicidad, que nunca es completa, supurando siempre por alguna grieta que nos recuerda que somos humanos.

Por eso en el diálogo con el otro y en el diálogo con uno mismo, las continuas preguntas acerca de la referencialidad, los puntos de vista y las evasiones que la realidad nos ofrece, el poema «No verbal» (p. 20) aporta un interesante sentido pragmático del lenguaje ya que el poeta alude a lo que quiere escribir y no puede, escribiéndolo, una suerte de aullido o lamento, «un gesto / del que nadie se acuerda» (ibíd.) que nos permite, al menos, comprender las cosas. A veces una imagen de «Una chica metiendo hielo y flores / en una bolsa roja», «En el VIPS de la calle Velázquez» (p. 21), atrapan la mirada del poeta y la convierten en poesía, sin necesidad de marco contextual. Esto nos llevaría muy lejos en el análisis, porque *Blanco roto*, como buen poemario que es, y atendiendo precisamente a su uso y al alrededor de las palabras, dice mucho más de lo que dice, como en el magnífico «Derechos de autor» (p. 22).

Notas minimalistas de esmerada tradición estética, apuntes figurativos, atmósferas classicistas, recortes elípticos, pinceladas impresionistas, escorzos y perfiles narrativos, encuadres abstractos, viajes exteriores e interiores, etc. El yo se halla roto, igual que el blanco, porque se ha quedado sin espacio y sin tiempo y «Las noches del futuro se despliegan / como publicidad.» (p. 25), cuando todo lo sólido se desvanece en el aire, recordando a Marshall Berman, y vivimos el tiempo de la fugacidad y los deseos inacabados del consumismo. La identidad, en suma, reordenándose. Con muchas vetas temáticas que

podríamos seguir desarrollando, intenso en su plenitud, *Blanco roto* se presenta como un volumen muy recomendable y útil en la composición del eje de coordenadas que nos configura hoy día, para poner los pies en la tierra sin perder ni un ápice de aspiraciones a seguir mirando el horizonte. Un libro muy interesante con un importante afán explorador.

Vivir tachando

RAFAEL MAMMOS

Francisco José Martínez Morán

Tacha

Renacimiento, 2018.

Tacha, el cuarto libro de poesía de Francisco José Martínez Morán (Madrid, 1981), trata los temas recurrentes de su autor, resumidos ya desde la única palabra del título: el proceso de la escritura y el pesimismo vital.

El poema que abre el libro nos presenta al poeta ejerciendo su oficio. Trabaja de madrugada, bajo un flexo, cuando «pasean los insectos / que sí vale la pena contemplar.» Esta es su manera de existir: «Trabajo. Certifico mi existencia.» Pero también existe el peligro de ser él mismo «demasiado». Esta imagen aparecerá de nuevo en el poema «Nocturno», muy sutilmente: una polilla se estrella una y otra vez contra un flexo y el poeta no sabe si abrirle la ventana, porque quizás «malgastaría así toda su vida, / atada a un ciego afán de perfección.» Los versos que concluyen el poema («Todavía no sé / de cuánta ineficiencia soy capaz») sugieren la identificación entre esta polilla y el poeta; ambos insisten contra la misma resistencia, bajo una misma luz, pero si los liberaran de ese trabajo su existencia perdería sentido.

Tal es el tono de la primera y segunda sección. Poemas como «Los símbolos antiguos» ejemplifican bien el pesimismo vital del libro: «No volverán los días por el cauce / derramado: se irán a borbotones», y «Para nunca / habrá sido la vida. Para la nada.» Hay algo inconsolable en este tipo de visión más o menos estoica: parecería que el poeta querría que las personas vivieran eternamente. Las

imágenes en que la muerte se sugiere son continuas: las aves se engañan al volar tanto y tan alto, pues antes o después «todo será suelo» («Vencejos dando vueltas en un patio»); la yegua salvará los obstáculos del circuito, pero sólo «hasta el último muro» («Fe»); el vuelo de las gaviotas «no presagia ningún mar» («Fundando en hechos ciertos»). Todos estos versos son los últimos de sus respectivos poemas, que con frecuencia concluyen con imágenes de una orfandad irremediable. El poeta se fuerza a la escritura, pero esta es «cada vez más volátil; imprecisa / y caduca y estéril, como el ansia» («Tendencia»). Incluso el canon literario se ve con desconfianza: «Ni siquiera son mías mis mentiras: / alguien las publicó y las hizo tuyas, / y yo volví a plagiarlas» («Propiedades I»). En *Tacha*, hasta Keats duda, «por un instante, de todas sus certezas»; y Cervantes empieza a ver la razón «como una necia danza para muertos.» Esta asociación pesimista de vida y escritura tiene quizás su más claro exponente en la «Alegoría... tal vez muy lopesca», que culmina una serie de descripciones amargas sobre la escritura con esta pregunta, ya respondida: «¿Hará falta aclarar que esto es la vida?»

La sección tercera, «Canciones», ofrece un breve respiro con poemas más coloridos, mientras que la sección final, «Tacha», culmina la visión desesperanzada del libro con una secuencia final de poemas inquietante. Después de preguntarse ya directamente «por qué y para qué y cómo / me obceco todavía en la escritura», nos lleva a un ático desde donde un hombre está a punto de lanzarse al vacío, para luego, en el siguiente poema, hablar piadosamente de «La madre del suicida». Y en el penúltimo poema, como presagiando su propia desaparición, se dirige a una lectora futura, probablemente su hija. Así nos acerca un poco a él y nos permite preguntarle la razón de tanta infelicidad y hasta ingratitud, como apunta él mismo. Sin embargo, no tendremos una respuesta clara ya que prefiere que ni su hija ni nosotros lo entendamos bien, y que por nuestra cuenta lleguemos «a la limpia certeza de su error.» Al menos aquí Martínez nos deja una breve luz en la distancia: después de todo, cabe la posibilidad de que la tacha fuera sólo literatura.

Buscar siempre

JESÚS CÁRDENAS

Esther Garboni

A mano alzada

Libros de la Herida, 2018.

En una sociedad lastrada por plagios y burdas imitaciones, el auténtico poeta busca más allá de la experiencia vital, más allá de lo que la perturbadora realidad ofrece. El poeta se aleja de los signos de poder actuales para hallar la esencia del ser; trascender con la palabra más allá de la ingenuidad. En el camino de búsqueda eterna el sujeto dialoga consigo mismo, se refugia en lo auténtico: un cuerpo frente a otro, unos ojos que no sólo miran, unos brazos que hacen más que extenderse... Ese transitar conlleva necesariamente la convergencia de las dos caras de la vida: dolor y placer; presencia y ausencia; hallazgo y desencanto... Así, Esther Garboni indaga –y nos propone a los lectores indagar– en su nueva entrega lírica, *A mano alzada* (editado con equilibrio y gusto estético por la editorial sevillana, Libros de la Herida, en su colección «Poesía en resistencia»), después de *Las estaciones perdidas* (2006), *Tarjeta de embarque* (2009) y *Sala de espera* (2014).

Más allá de lo evidente, cada poema porta imágenes auténticas, donde las artes plásticas se entrecruzan. El título del libro nos remite a la técnica de dibujo que representa la imagen con un lápiz y la mano. El hallazgo de lo auténtico –de acuerdo con la crítica de la escritora Rosario Pérez Cabaña–, reflejado en la estructura del libro, «adquiere, precisamente, nombres de técnicas pictóricas («Aguafuerte», «Pincel seco», «Invinación»), que sirven aquí de símbolo, de analogía, de metáfora que se proyectan especularmente en los textos.»

Desde el primer poema, de título homónimo, que actúa como pórtico, encubre una poética y una declaración de intenciones, en el que la profesora y poeta sevillana nos anuncia la búsqueda, la verdad y su único instrumento, la palabra, indómita siempre, escurridiza constantemente. Será esa tensión entre la libertad de la autora y las limitaciones del lenguaje el hilo conductor del libro: «Nunca fue recta mi línea, ni firme el pulso, / pero

mi palabra es un lápiz afilado / con el que dibujo siempre, / indómitamente, / a mano alzada.»

Tras estos versos iniciales, se configuran los distintos apartados, escoltados por unas aclaraciones y comentarios sugerentes. El primero de ellos, «Aguafuerte», muestra el dolor que el sujeto sufre. Poesía existencial y poesía de la conciencia. La poeta dirige su voz hacia dentro al comprender que no está sola en el mundo. Poemas que desgarran, versos como estiletos. Mujer, hombre e hijo se cruzan y se hacen daño. La identidad masculina se manifiesta en los genes de todo ser en forma de solidaridad, se expresa mediante el juego de palabras hombre-hombre, en el poema «Virilidad»: «Hoy creo ser el hombre / que me ha tomado de la mano / y aquel que ha llorado en mi hombro.» Para terminar, el sujeto toma distintas caras: «Soy mi padre, soy tú y soy mi hijo.»

A continuación, se sitúan, a nuestro entendimiento, dos de los grandes poemas del libro. Afirmaba el semiólogo francés Roland Barthes que el *efecto* es una impresión general que el poema produce. Auténtica categoría de la sensación. La poesía es vivida como la voz que palpita en el corazón colectivo. A través de espléndidos endecasílabos, Garboni nos lleva en el poema «Tenía trece años» a la terrible escena de la niña lapidada en Kismayo (Somalia), Asha Ibrahim Dhuhulow, ante miles de inhumanos ojos. El sujeto adquiere la voz de la niña. Los versos del inicio («Lapidaron mi voz sin preguntarme / el nombre de mis padres ni la fecha») son tan brutales como los versos del remate («No los guardo rencor, perdieron ellos. / ¡Lo ven! Me reconstruyo en barro... Y llueve»). Ir más allá de la escena real y del malestar que produce el horror de la humanidad. El poema contiguo, el titulado «Los desterrados», planteado como diálogo, nos propone la reflexión de cómo ver a los inmigrantes y cómo actuamos, recordando los españoles que tuvieron que marchar durante el franquismo. Extraordinarios versos. Difícil la elección: «No pudimos gritarlo o no quisimos. / Sofocamos las voces de dolor, / asfixiando el lamento de los niños / con las manos. Nadie nos pedirá / disculpas.»

Tampoco se queda atrás el poema que concluye la primera parte, «La mano alzada», compuesta de cinco secciones. El foco de atención se centra en la mujer poeta. El rasgo femenino se impone ante las injusticias sociales. Garboni trae a la

memoria imágenes de bebés robados en España entre 1940 y 1990; un problema sin resolver en nuestro país y en otras partes del mundo. Así, en la cuarta sección se puede leer: «Nos arrancaron los hijos de nuestros brazos.» Y más adelante, la feroz metáfora: «Fuimos madres lejanas.»

Tal vez, aquí encajaría el poema extra que ofrece la poeta en el marcapáginas del libro, titulado «Ausencia», por ser un poema de la propia identidad familiar, muy emotivo, dedicado a Emma. El yo poético quisiera encadenarse al de la niña perdida; una luz que nunca llega a las páginas de un libro que no termina de escribirse («mi forma de acostarme de costado / cuando no estás conmigo y guardo / el espacio que ya no ocupas»).

En «Pincel seco», título del segundo apartado, se acoplan «versos más dispares, más desconectados entre sí» —como indica el poeta y crítico literario Juan Antonio Bermúdez—, o, lo que es lo mismo, menos articulados, por los temas y por los desarrollos que tienen. De este modo, circulan entre la nostalgia, en el homenaje a Federico García Lorca, en «Verano de 1930, vuelta a casa», poema de gran ritmo («...No quería un mundo / tan grande, ni tan hondo un mar. Cedió / a tanta desmesura. Tomó un taxi») y el cuestionamiento de la figura «Poeta» («Es la poesía, y no tú, poeta; / la que resiste al tiempo») y, de nuevo, con la tensión mantenida entre el sujeto y la palabra («Morirás, poeta, / aunque tuyos sean ahora / el color, el sabor, el tacto... la poesía»).

En este apartado hay dos textos más, que pretenden mantener la conversación con el lector. El poema que ofrece la imagen de las mujeres que se acercaban a la literatura a escondidas, tratado en «La lectora» («Nosotras, que cerrábamos / la puerta, a ciegas, / tantas veces mirábamos la lámpara...») y el reflexivo «Sigo», directo a un lector, «cómplice», «amigo», que lea entre líneas y se deje llevar sin miedo por estas páginas («Y es que aquí no entra nadie, bien lo sabes, / que no sepa leerme en los silencios»). Trato directo y complicidad.

Más tupido resulta el apartado, «Invinación», formado por siete poemas, que comparten referencias al vino y al acto dionisiaco, sensual, de beber. La expresión armónica, la condensación del pensamiento en la brevedad del poema —que tiene algo de aforístico—, el tono celebratorio enaltecen la lengua en que nos expresamos. Así, los sorbos del presente remontan el ayer, las relaciones

afectivas pasadas —con dificultad, en ocasiones—, en el memorativo «Vino añejo» («Bebo lo que fui y lo que fuiste. / Bebo tu historia, mis pasos / y mi pasión y mi condena y mi memoria»), en el vitalista «Vino y sed» («Traigo la sed de siglos / y tú ya no eres agua») o en el literario («brindemos por los muertos compartidos, / por Góngora y Herrera, por San Juan, / Cernuda, Juan Ramón, Vallejo, Otero»).

El libro concluye con «Epílogo y testamento», dos poemas complementarios, que dejan un rastro de sentencia y aforismo. En «Último poema» la poesía es un ejercicio interior que rescata y no descarta la verdad: «Cada poema es siempre el último». La entrega de Garboni es absoluta. Afronta la escritura como la vida misma: «Me duele la poesía en todo el cuerpo». Por último, «Voluntades anticipadas», estructurado en siete secciones en verso libre, que, como un torbellino de palabras, nos detiene y nos posiciona. Su apuesta en buscar la belleza nos conmueve y sacude en el verso final: «No olvides, crece, lee, busca, mira, ama».

Este libro no se cierra, sino que lo seguimos disfrutando, porque Esther Garboni ha logrado mostrarnos esa búsqueda impasible tras la lectura de estos poemas apasionados. Por más que hayan metido el dedo en la llaga, hemos acabado irremediadamente siendo partícipes y, de un modo natural, fascinados. Conciencia de uno mismo, del mundo y de la palabra. La meditación ternaria convocada saldrá a vivir, una vez que hayan leído *A mano alzada*.

Canciones contra el daño

RODRIGO OLAY

José Luis Argüelles

Gran desconcierto

Trea, 2018.

Los números hablan por sí solos: frisando en la sesentena, José Luis Argüelles (Mieres, 1960) acaba de publicar su cuarto libro de poesía. Quien en 1988 se dio a conocer con *Cuelmo de sombras* —libro emblemático de la poesía asturiana de los 80, muy presente en las óperas primas de José

Luis Piquero, Vicente García o, sin ir más lejos, de quien esto suscribe— prefirió desaparecer durante veinte años, para regresar solo en 2008, con un extenso libro, *Pasaje*, que algo tiene de demorada antología de aquel tiempo alejado de las prensas. Desde entonces, a razón de un libro cada cinco años, se han sucedido *Las erosiones* (2013), Premio de la Crítica de Asturias, y este *Gran desconcierto* que nos ocupa y que debe su título al verso décimo de un hermoso soneto que durante un tiempo solía atribuirse a fray Luis («Cuando me paro a contemplar mi vida») y que los filólogos han dado en considerar espurio. En todo caso, el tono limpio, introspectivo y memorialístico, el ajuste de cuentas con uno mismo del soneto del (hoy tenido por) pseudo-fray Luis dan muy bien la nota de lo que nos encontraremos en estas páginas.

Pero empezaba con que los números hablan por sí mismos porque la mera enumeración de títulos y fechas da buena cuenta de la autoexigencia de Argüelles, y de una demorada labor de corrección que se hace notar apenas con abrir sus libros. Si, como ha contado, prefirió dos décadas de silencio (1988-2008) a cualquier forma de autoplagio, no extrañará que nos encontremos novedades libro a libro ni que su dicción se haya vuelto más densa y conseguida cada vez, avanzando desde su inicial realismo a terrenos más oscuros y sutiles, siempre, eso sí, dentro de la corriente figurativa. Si su voz áspera y cantábrica, amante de los paisajes arrasados, ha ido adentrándose en la sombra, su oído, sin embargo, ha venido haciéndose más fino y temperado, hasta apropiarse de una serie ya casi exhaustiva de registros, formas y recursos: *Gran desconcierto* incluye arte mayor y menor, canciones asonantadas y octavas reales, haikus y poemas en prosa, sonetos blancos y verso libre, e incluso ensaya una personalísima puesta al día del romance, sustituyendo la rima por la aliteración («Canción de los soldados de Boston»). No faltan finezas todavía más escondidas, como algún caso de sinafía y de rima *all'occhio*, o la ocasional aparición de lo que Henríquez Ureña llamaba «endecasílabos crecientes». Ahora bien, nada más lejos de Argüelles que la poesía académica de invernadero: el trabajo que acierta a eliminar las huellas del trabajo es sin duda una de las claves de su oficio.

La principal aportación formal de este libro a su trayectoria estriba en la introducción de textos de largo aliento, de los que Argüelles hace

uso en las secciones primera, tercera y quinta de *Gran desconcierto*, compuestas por sendos poemas extensos: «*New York movie*», «Zagajewski en Oviedo» y «Convalecencia». El primero refleja la relación entre el poeta y el homónimo cuadro de Edward Hopper, ambos en lucha contra «la falta de sentido»; el segundo reflexiona acerca del papel de la poesía en el mundo, para lo que se sirve de fragmentos del autor polaco procedentes de su discurso de aceptación del Premio Princesa de Asturias de las Letras; el tercero, quizá el texto más ambicioso y complejo que Argüelles haya publicado nunca, poderoso en su trallazo de surreal expresionismo, dibuja las secuelas de un yo poético que ha logrado escapar de un personal *descensus ad inferos* del alcohol y la memoria.

Puntean estas secuencias poéticas los veinte textos breves que conforman la sección segunda, «Pequeños poemas robados», y los treinta que dan cuerpo a la cuarta, «Poemas y canciones contra el daño». En el primer caso, los breves textos *robados* buscan una inmediatez y una irónica espontaneidad asimismo novedosas en la obra de Argüelles, y se conciben como glosas, reescrituras o vueltas de tuerca respecto de modelos dados, ya sean estos poéticos («*De vita civilis*», ‘imitación’ del «*De vita beata*» de Jaime Gil), dramáticos («*Ifigenia en Aulide*») pictóricos («Pintura blanca de Malévich»), cinematográficos («*Interstellar*») o incluso orales («Poética»), entre otros casos de intermedialidad.

Por su parte, los textos «contra el daño» son los que más directamente engarzan con la obra anterior de Argüelles, y en ellos se advierten sus temas y formas más personales, con la precisión ya apuntada de percibirse en ellos una tendencia creciente hacia la matización y la superposición de capas de significado. Es en estos textos en los que brilla su voz elegíaca y desgarrada, afecta a un claroscuro que, sin embargo, tiende también a la luz del cántico y al compromiso cívico. Están aquí sus temas de siempre: el paisaje («Frente a la escombrera»), el amor («Escena conyugal»), el sexo («Pasaje bíblico»), el paso del tiempo («Canción de febrero»), la identidad («Canción del santo reincidente»), los viejos maestros («Canción de Collioure»), la propia literatura («El dolor»), tratados, como es marca de la casa, con un lenguaje escogido que no teme al cultismo, a la buscada aspereza ni a las ráfagas de lirismo tradicional, sabiamente administradas («A una

muchacha desconocida»); a su vez, ya se ha dicho que una posición civil e inconformista se deja sentir a cada paso, incluso con musical vocación celebrativa («Canción del ahora»). No en vano, y sin ingenuidades que valgan, estos textos aciertan a decir el dolor con vocación taumatúrgica («Convalecencia», una vez más), cantando lo que importa como medio de autoconocimiento y de lenitivo contra el daño («Canción del propósito»). En ese sentido, en este libro las dos utilidades de la poesía, moral y civil, se engastan complementaria y bidireccionalmente.

A la luz de lo dicho, no extrañará que finalice afirmando que, rico en tonos y formas y meticoloso sin melindres, la voz fuerte y propia de José Luis Argüelles es de las que libro a libro espero con más ganas. Cuando tantos «maestros inconstantes», por citar el título de un poema de este libro, empiezan a ser pasto del tiempo, es hora de concederle al autor de *Gran desconcierto* el lugar principal que por derecho le pertenece.

Un horizonte inquietante

JOSÉ LUIS LÓPEZ BRETONES

Antonio Cruz Romero

Una habitación de hospital con vistas al mar
Letras Cascabeleras, 2018.

Narrador, editor y experimentado traductor del neerlandés, Antonio Cruz Romero (María, Almería, 1978) ha escrito en la que hace su quinta entrega poética, *Una habitación de hospital con vistas al mar*, un libro duro, cortante como un filo. Un libro que apenas deja resquicios a la esperanza y que niega de manera casi sistemática un horizonte donde las cosas pudieran acaso mostrar su flanco más amable, más balsámico, quizás más consolador. No sé si fue Sergio Leone quien decía que cuando en los westerns de otros directores el vaquero abría una ventana para contemplar el horizonte, eso suponía una metáfora de la esperanza y de las alentadoras posibilidades del futuro. En cambio, en sus películas, ese mismo gesto siempre suponía el temor a la posibilidad de que al vaquero le metieran un tiro entre ceja y ceja. No digo que

esta sea exactamente la actitud desde la que escribe Antonio Cruz, pero desde luego creo que él no suscribiría aquel famoso verso de Jorge Guillén en el que se afirmaba que el mundo está bien hecho.

En uno de los breves fragmentos que aparecen en la sección final de este poemario, Antonio Cruz escribe: «Crece, junto a la vid de vida, / un rastrojo de muerte». Y en esos dos versos solos, tan sencillos en sí mismos, un eneasílabo y un heptasílabo, yo encuentro precisamente una de las claves de todo el libro. Es decir, el poeta, frente a una planta llena de vida —en este caso, la vid—, no ve su lozanía y su disposición para entregar sus frutos, sino que se fija en la parte de muerte que, agazapada, parece estar acechando a todo lo que vive. Podríamos jugar a invertir la mirada; es decir, fijarla en algo —una planta, una ser humano, etc.— reseco, moribundo, iniciando ya el camino de la desaparición, y advertir no obstante un resto aún de vida, un rescoldo que se resiste a morir, una especie de símbolo de la tenacidad de la existencia que lucha por no extinguirse del todo y que al final siempre triunfa. Pero no. La mirada de Antonio Cruz es precisamente esa: «Crece, junto a la vid de vida, / un rastrojo de muerte». Parece que esta última sea, una y otra vez, la destinada a ganar fatalmente la partida.

El libro empieza pulsando esta nota trágica ya desde su mismo comienzo. La primera parte —titulada como todo el conjunto— se podría leer como una suerte de diario poético en torno a la enfermedad de un familiar muy cercano. En el primer poema el autor nos advierte de que algo, efectivamente, ha cambiado en él, que ya no volverá a ser el mismo a pesar de seguir conservando ciertas rutinas: «ahora que la oración ya nace abortada y sin atisbo de fe, os advierto / que no toquéis a mi puerta ni vengáis a mi casa: no seré yo el que os abra».

A partir de ahí empezaremos a atisbar el olor ominoso de la muerte que impregna las paredes, las salas y las cafeterías de los hospitales, el lenguaje y los procedimientos de la medicina, que se cuelan en la conciencia del poeta haciéndole relacionar, bien a su pesar, todos los actos cotidianos con esa impregnación funesta de lo hospitalario y de las convalecencias. Dolencias que son físicas en un primer estadio pero que rápidamente derivan a una reflexión en torno a las dolencias morales o espirituales con las que se enfrenta el individuo

ante la aparición del sufrimiento y de la muerte. Y es esa reflexión la que lleva al poeta a relacionar la verdad de la vida —la verdadera esencia de la vida— con esas manifestaciones de la enfermedad, llegando incluso a permitir en sus poemas la presencia de ciertos tonos no sé si naturalistas o expresionistas: «rancios sudores pegajosos, sangre pasada, / convulsiones tras otra dosis de morfina. / «¿A eso, es a eso a lo que de verdad / huele el existir!».

Desde luego, en este primer tramo del libro se hace constar también el temor a un futuro sin la presencia de ese ser enfermo en quien el poeta cifra la razón de su existencia: «No está mi madre; ni yo casi estoy», se dice en un poema donde el poeta regresa al hogar familiar en su lejano pueblo y lo encuentra vacío. Y al tumbarse para dormir en una cama que casi no conoce su cuerpo escucha de noche el aullido del viento como una voz familiar que viene del pasado. Y es entonces cuando un leve recuerdo de Comala se hace notar aquí de repente.

A través de esta reflexión que establece el poeta surgen otros elementos que nos van recordando que somos seres para la muerte. De este modo, aparecen en sus versos la depresión (ese «perro negro» del que hablaba Churchill), el insomnio, la conciencia de la finitud y, junto a ella, como débil paliativo o madero último al que aferrarse, el presentimiento de la trascendencia, la invocación a una palabra última, la palabra de Dios, que se muestra apenas para sanarnos del desconcierto que provoca en la conciencia el sabernos irremediablemente finitos.

Al igual que vimos antes en el ejemplo de la vid, el tiempo parece que computa no como experiencia acumulada y como don de haber vivido, sino precisamente como cuenta atrás que nos conduce hacia la muerte. El sueño, la noche, el viento, el silencio, el sonido de las campanas son otros tantos elementos que redoblan ese presagio. En un momento dado, el poeta se acoge en cierta forma a las enseñanzas de Baudelaire en *El spleen de París* («Para no sentir la carga horrible del Tiempo, que os rompe los hombros y os inclina hacia el suelo, tenéis que embriagaros sin tregua. De vino, de poesía o de virtud, de lo que queráis. Pero embriagaos») con el fin de sugerirnos que para sobrellevar las angustias de la vida hay que estar, efectivamente, ebrio. Porque una

vez acabado el efecto estupefaciente del vino volveremos a caer en la cuenta de lo que somos: seres condenados. Antonio Cruz lo dice así en el poema «Resaca»: «Los dolores y pesares que se presentan durante la existencia / son los instantes que transcurren entre vaso y vaso / mientras esperamos a que el tabernero nos sirva otra ronda, / hasta el cierre definitivo del local».

Y hay aún más. Porque para mayor abundamiento leemos un par de poemas dedicados a sus hijas que están pensados ya desde la propia desaparición; en uno de ellos —«Ave de paso»— vuelven a asomar «las plantas secas» a las que sacude una brisa que empuja también al poeta al fondo de su propia intimidad, en la que nadie le acompaña y en donde todo son preguntas sin respuesta. Por su parte, «Náufragos», un poema en homenaje al poeta suicida Javier Egea y fechado en la Isleta del Moro, vuelve a ser una especie de *memento mori*, a pesar de que el personaje poético va de la mano de su hija. El mar, como en Manrique, se hace igualmente símbolo de muerte: «el mar es un espejismo. / No es agua. El mar pertenece a la muerte / y nosotros también», se dice en el poema «Mortaja». Las ventanas del hospital del título dan precisamente a ese mar; y tal vez podríamos relacionarlas con la ventana de la que hablaba antes a propósito de Sergio Leone: lo que se ve desde ellas es el temor y el miedo a la constancia de la desaparición. El poeta parece estar añorando, al final de este tramo del libro, una muerte sin recuerdo, que haga olvidar, como pedía Rubén, el dolor de estar vivos.

El libro lo completa la sección titulada «Seis poemas religiosos», la mitad de ellos presididas por citas bíblicas, donde los temas de la muerte, el olvido y la trascendencia vuelven a ser

considerados; y, por último, una serie de poemas breves, fragmentarios, donde aparece la preocupación por la herramienta del poeta; es decir, el lenguaje y sus límites expresivos, y donde además se experimenta en cierto modo con la sintaxis y la puntuación. Se nos habla, un poco en la estela de Valente, del esfuerzo terco y obstinado que hay que dedicar a las palabras para lograr una difícil comunicación. Pero en ningún momento el poeta abandona nunca su obsesión esencial por el tiempo que todo lo consume, por la trascendencia de la palabra y del ser y la fugacidad de todo.

Tal vez sea esta la parte más puramente lírica del libro, la que se encuentra más aligerada de las impregnaciones expresionistas de páginas anteriores, y en donde hallan cabida incluso fragmentos que son casi haikús: «La pajarita de las nieves / quiebra el duro hielo / bajo sus delicadas patas». Digamos que en este último trecho se ha suavizado en cierta forma el patetismo trágico de las secciones precedentes y el poeta se vuelve más simbolista, adopta un cierto tono menor en su dicción. Y sin abandonar las indagaciones ya comentadas es capaz de ponerle cierta sordina al sentimiento trágico y destilar unos versos de muchos quilates líricos. Aquí el ritmo se hace también más sutil, se remansa un tanto, y llega hasta la orilla como una ola que lame la arena después de haberse ondulado ferozmente en todo su recorrido anterior. Son acaso las olas de ese mar de la vida y de la muerte que se contempla desde una habitación que no está a salvo tampoco de las tempestades. Los dibujos de Hilario Barrero que van en cubierta y en las páginas interiores acompañan de manera perturbadora unos versos que no dejan indiferente al lector.

CORRECCIÓN

En el número 14 (p. 34) se indicaba por error que el título del soneto de Nerval es “L’inconsolé”, cuando en realidad es “El desdichado”, en español. Lamentamos el descuido, no atribuible al traductor.

C O L
A B O
R A D
O R E
S

JUAN CARLOS ABRIL (Los Villares, Jaén, 1974) es poeta y crítico literario. Ha preparado ediciones de Luis García Montero o Fabio Morábito, entre otros. El más reciente de sus libros de poemas es *En busca de una pausa* (2018). • **ÁNGELA ÁLVAREZ SÁEZ** (Madrid, 1981) fue becaria de la Fundación Antonio Gala. Algunos libros suyos son *La torre de las tortugas* (Premio Carvajal, 2006) y *La estación de las moras* (Premio Carmen Conde, 2017). Con *La casa salvaje* ha obtenido el Premio León Felipe. • **LUIS ARTIGUE** es un poeta leonés nacido en 1974. En poesía ha publicado *Por si acaso la vida* (1974), *Los lugares intactos* (Premio Arcipreste de Hita, 2009) y *La noche del eclipse tú* (Premio Fray Luis de León, 2010). • **LUIS BAGUÉ QUÍLEZ** (1978) reside desde niño en Muchamiel (Alicante). Sus libros de poemas, todos premiados, son *Telón de sombras* (2002), *El rencor de la luz* (2006), *Página en construcción* (2011), *Paseo de la identidad* (2014) y *Clima mediterráneo* (2017). • **FRANCISCO BARRIONUEVO** (1943) es arquitecto. Fue incluido en la antología *Tres poetas sevillanos* (2012). Ha publicado el libro *Celebración de la huella* (2014) y traducido los *35 sonetos* ingleses de Pessoa en 2018. • **JAVIER BOZALONGO** (Tarragona, 1961) reside en Granada. Su nuevo libro, *Todas las lluvias son la misma tormenta* (2018), ha sido galardonado con el Premio de Poesía Blas de Otero. • **ESTHER CABRALES** ha participado en varias antologías de poesía y cuento. Su primer libro de poemas es *Erosión*, publicado por Renacimiento (2017). • **JESÚS CÁRDENAS** (Alcalá de Guadaíra, Sevilla, 1973) es profesor y crítico. Libros de poesía suyos son *Después de la música* (2014), *Sucesión de lunas* (2015), *Los refugios que olvidamos* (2016) y *Raíz olvido* (2017). • **FELICITAS CASILLO** nació en Bahía Blanca (Argentina) en 1986. Su libro más reciente es *El gran enero* (2017). • **ANA CASTRO** (Pozoblanco, Córdoba 1990) es periodista. Publicó en 2017 su primer poemario, *El cuadro del dolor*, ganador del III Premio de Poesía Juana Castro. • **CAMILA CHARRY NORIEGA** (Bogotá, Colombia) ha publicado los libros *Detrás de la bruma*, *El día de hoy*, *Otros ojos*, *El sol y la carne* y *Arde Babel*, este último en Colombia, México y Guatemala. • **ANTONIO CRUZ ROMERO** es un poeta almeriense nacido en 1978. Ha publicado un libro de relatos y una novela, más varios libros de poemas. Es fundador y editor de la revista *Ravenswood Magazine*. • **MARÍA ELOY-GARCÍA** (Málaga, 1972) ha publicado los libros *Diseños experimentales* (1997), *Metafísica del trapo* (Premio de Poesía Carmen Conde, 2001), *Cuánto dura cuánto* (2007) y *Los cantos de cada cual* (2014). • **DOLORS FERNÁNDEZ** (Barcelona, 1968) es correctora de estilo y tipográfica y profesora de español para extranjeros. Su primer libro de poemas es *Mi corazón mordido por tus labios* (2017). • **MIGUEL FLORIANO** (Oviedo, 1922) ha publicado los libros de poemas *Diablos y virtudes* (2013), *Tratado de identidad* (2015), *Quizá el fervor* (2015) y *Clandicaciones* (2016). Con *La materia y la envidia* ha obtenido en 2018 el XX Premio Antonio Gala de Poesía. • **RODRIGO GALARZA**, nacido en la provincia de Corrientes (Argentina) en 1982, desde 2001 vive en Madrid. Ha publicado *Soles dormidos* (1992), *Ráfagas de pájaros* (1992) y *El desierto de la sed* (2005), entre otros libros de poesía. • **FRANCISCO GÁLVEZ** (Córdoba, 1945) fue fundador de la revista *Antorcha de Paja*. Ha recogido en 2018 su poesía de 1994 a 2016 en *Los rostros del personaje*. • **CONCHA GARCÍA** (La Rambla, Córdoba, 1956) logró con su libro *Ayer y calles* el Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma (1995), y con *Ya nada es rito* (1988) el Barcarola. Otros libros suyos son *Acontecimiento* (2008) y *Las proximidades* (2016). • **NORBERTO GARCÍA HERNANZ** es un poeta segoviano, catedrático de matemáticas. Es creador del Día Internacional de la Poesía en su ciudad. Publicó en 2010 el poemario *Manual para nacidos* y en 2015 *Indefensa Certidumbre*. • **AUXILIADORA GONZÁLEZ** (Málaga, 1965) ha publicado el libro *Café Sola* (Benaoján, 2017), con el que ganó el Premio Ana María Hidalgo. • **CANDELA DE LAS HERAS** (Alicante, 1993) reside en Asturias. Ha publicado *La senda recorrida* (Premio de Poesía Universidad de Oviedo, 2015). Codirige la revista *Anáfora*. • **ROCÍO HERNÁNDEZ TRIANO** (Sevilla, 1976) ha publicado los libros de poesía *Vientos de cubillos* (2010), *Equilibristas* (2010), *Los seres quebradizos* (2010, Premio Carmen Conde) y *Pisar cieno* (2016, Premio Ciudad de Badajoz). • **BEATRIZ HERNANZ** (Pontevedra, 1963) dirige el Instituto Cervantes de Palermo. Con *La lealtad del espejo* (1993) ganó el Premio Barcarola. *La vigilia del tiempo* (1996) fue accésit del Adonáis. Su poemario más

reciente es *Habitarás la luz que te cobija*. • **CÉSAR IGLESIAS** (Mieres del Camín, Asturias, 1961) es autor del *Ensayo del nadador* (1981), el cuaderno *Las casas pechadas* (2011) y los libros *Lengua del duelo* (2016) y *Piazzu del bacio* (2016). • **JOSÉ INIESTA** (Valencia, 1962) ha publicado los libros *Del tiempo y sus castigos* (1985), *Cinco poemas* (1989), *Arder en el canto* (2008, Premio Ciudad de Valencia Vicente Gaos), *Bajo el sol de mis días* (2010, Premio de Poesía Ciudad de Badajoz) y *El eje de la luz* (2017). • **MANUEL JURADO LÓPEZ** (Sevilla, 1942) ha obtenido numerosos premios de poesía. Libros suyos son *País de invierno* (1992) *Épica de otros territorios* (2004), *Oratorio de Gaza* (2005) o *Las islas inventadas* (2016). • **CHANTAL MAILLARD** (Bruselas, 1951) es filósofa especializada en la India. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía por *Matar a Platón* (2004). Con *Hilos* ganó el Premio de la Crítica en 2007. Su libro más reciente es *Cual menguando* (2018). • **RAFAEL MAMMOS** (Palma de Mallorca, 1982) es autor de los libros *Indocilia* (2002), *Paisaje con reflejo* (2011), *Casas rivales* (2014) y *Oficio* (2016). En catalán ha publicado *Setge a la cel·la* (2018). • **LUCAS MARGARIT** se doctoró con una tesis sobre la poesía de Samuel Beckett. Es profesor de Universidad de Buenos Aires. Ha publicado cuatro libros de poemas y varias traducciones. • **SONIA MARPEZ** es fotógrafa y poeta lucense afincada en Málaga. Ha obtenido premios de microrrelato y poesía. En 2017 publicó la plaquette *Último acto* y el 2018 el libro *Demolición*. • **LOLA MASCARELL** (Valencia, 1979) es autora de *Un vaso de agua* (2018). Antes publicó *Mecánica del prodigio* (2010) y *Mientras la luz* (2013), ganador del Premio Internacional de Poesía Emilio Prados. • **JESÚS MONTIEL** (Granada, 1984) ha publicado hasta la fecha los poemarios *Placer adánico* (2012), *Díptico otoñal* (2012), *Insectario* (2013), *La puerta entornada* (2015) y *Memoria del pájaro* (2016, Premio Hiperión). • **VIRGINIA NAVALÓN** (Requena, Valencia, 1988) ha obtenido en 2018 el XIX Premio Internacional de Poesía Emilio Prados por *Bestiario*, su séptimo libro de poemas. • **PABLO NÚÑEZ** (Langreo, 1980) es autor de *Lo que dejan los días* (2014), Premio Dionisia García. Codirige la revista *Anáfora*. • **RODRIGO OLAY** (Noreña, Asturias, 1998) prepara su tesis doctoral. Es autor de *Cerrar los ojos para verte* (2011, Premio Asturias Joven de Poesía el año anterior) y *La víspera* (2014). • **YOLANDA PANTIN** (Caracas, Venezuela, 1954). Formó parte del grupo Calicanto, y posteriormente de Tráfico y fue cofundadora de la editorial Pequeña Venecia. En 2017 recibió el Premio Casa de América por su libro *Lo que hace el tiempo*. • **ANTONIO PRAENA** (Purullena, Granada, 1973) es poeta y fraile dominico. Ha publicado, entre otros, los libros *Actos de amor* (Premio José Hierro, 2011), *Yo he querido ser grúa muchas veces* (premio Tiflos, 2013) e *Historia de un alma* (Premio Gil de Biedma, 2017). • **BALBINA PRIOR** (Villaviciosa de Córdoba) es profesora de inglés en Secundaria. Ha sido articulista del diario *Córdoba*. Traductora de Aphra Behn, es autora de varios libros y antologías de poesía. • **JOSÉ A. RAMÍREZ LOZANO** (Nogales, Badaloz, 1950) es un muy galardonado narrador y poeta, autor de varias decenas de obras. En poesía, ha obtenido los premios Juan Ramón Jiménez, Blas de Otero, Ricardo Molina y José Hierro. En 2018 ha publicado *Epifanías*. • **JONATÁN REYES** nació en San Juan (Puerto Rico). Es ganador del XI Premio Internacional de Poesía «Gastón Baquero» con *Data de otro ardor*. Ha publicado los libros de poesía *Filmina* (2016) y *Perdíamos la gracia y el verano* (2017). • **JOSEP M. RODRÍGUEZ** (Súria, Barcelona, 1976) se alzó con *Sangre seca* con el Premio Ricardo Molina en 2016. Ha publicado *Las deudas del viajero* (1998), *Frío* (2002), *La caja negra* (2004), *Raíz* (2008) y *Arquitectura yo* (2012), además de la antología *Ecosistema* (2015). • **JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ OJEDA** es poeta y autor de letras flamencas nacido en Carmona (Sevilla). Ha publicado los poemarios *Consecuencia de andar* (1994), *A Gazel*, *Poemas del Cante* (2000), *Canción del camino* (2003), *Por una mirada* (2005), *De los Primeros Años* (2010) y *Sin pensar en el final* (2013). • **MARÍA SANZ** es una poeta sevillana nacida en 1956. Su título más reciente es *Persistencia* (2018). Entre sus muchos premios de poesía se cuentan el Hermanos Machado, el Tiflos, o el Vicente Núñez. • **JULIA SANTIBÁÑEZ** es una poeta mexicana, directora de el suplemento *El Cultural*. Ganadora del Premio Internacional de Poesía Mario Benedetti, su libro más reciente es *Sonetos y son quince*. • **FELIX TRULL** es aforista. En este género, ha publicado los libros *Metas volantes* y *Líneas de flotación*, ambos en la editorial sevillana Libros al Albur.

**Centro de Iniciativas Culturales
de la Universidad de Sevilla (CICUS)**

Director general de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

ESTACIÓN POESÍA

Dirección
Antonio Rivero Taravillo

Comité asesor
**Jesús Aguado, Enrique Baltanás, Juan Bonilla,
Jacobo Cortines, Luis Alberto de Cuenca,
Ana Gorría, Ioana Gruia y Aurora Luque**

Coordinación técnica
Juan Diego Martín Cabeza

Diseño
F. Javier Martínez Navarro

Maquetación e impresión
Imprenta Sand

ISSN 2341-2224
DL SE 618-2014

Contacto y suscripciones
estacionpoesia@us.es
C/ Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

© 2019 Editorial Universidad de Sevilla
© De los textos, sus autores